

UNA BIOGRAFÍA DEL GRAN CAPITÁN EN LA ESPAÑA DE LA POSTGUERRA

Para Fernando Alonso García, heredero fecundo del humanismo de su padre

ANTONIO LINAGE CONDE
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Recuerdo que, no mucho antes de su trágica muerte, mi entrañable amigo Francisco Tomás y Valiente presentó la primera síntesis de la historia española de Fernando García de Cortázar. Congratulándose él entonces de haber recuperado el librito en cuestión la índole narrativa de la historia -mejor diríamos de la historiografía-, que por mor de la entrega a ciertas tendencias o concepciones, se había últimamente venido debilitando. Y efectivamente, hacía algunos lustros, a guisa de ejemplo elocuente lo recuerdo y consigno, que en la introducción a una selección de textos historiográficos, se proclamó tácitamente la novedad boyante de la disciplina como lo único seriamente posible para la misma dentro del panorama del conocimiento humano, de manera que los historiadores de antaño encontrarían casi incomprensibles sus realizaciones en marcha y por venir. En cambio, por ejemplo, los nuevos deberían saber matemáticas. Eran aquellos años sesenta, prolongados casi un cuarto de siglo, en que Ramón de Abadal, al prologar uno de los volúmenes bajomedievales de la *Historia de España de Menéndez Pidal*, hacía ver, frente al menosprecio de la guerra cual argumento historiográfico, que lamentablemente él había conocido tres guerras de mucha influencia en el devenir de la humanidad y en el suyo propio. Y al escribir estas últimas palabras ya nos ha salido espontáneamente al paso, sin pretenderlo, la conexión anticipatoria entre historia y biografía.

Pero antes recordemos a este propósito, aunque parezca inicialmente no venir a cuento, que cuando el arte y la técnica de la novela se llaman en inglés *story-telling*, no se echa mano de una expresión ajena por completo al historiador, ya que la diferencia entre uno y otro género literario es que el contenido de las obras en que cristaliza es en un caso ficticio o imaginativo y en el otro aspira por lo menos a ser real, a reconstruir la realidad que fue en la medida en que hacerlo con el pasado es posible. Por eso, la literatura historiográfica tiene que expresarse relatando, contando, en cuanto no hay otra manera de hacer saber lo que los hombres del pasado hicieron, y la conducta humana pretérita es indiscutiblemente la materia histórica. Cierto que hay técnicas que no son narrativas, tales las matemáticas antes invocadas en la medida en que el historiador puede aprovecharlas, desde luego no de una manera absorbente. Pero las mismas se quedan en la dimensión coadyuvante, no tratándose en definitiva sino de un ensanchamiento de las venerables ciencias auxiliares de los planes académicos de antaño. Otra

cuestión, que no regateamos, es que merced a las mismas, e incluso a las visiones de la historia alimentadas por sus cultores, la historiografía haya dado pasos adelante que habiéndose limitado a las miras tradicionales no habría sido capaz de conseguir.

Así las cosas, fue en la voragine de aquellos vientos donde se discutió también la índole historiográfica o no de la biografía¹. Pero la respuesta es obvia. La positiva resulta de la propia definición de la historia. Puesto que, aunque ésta sea exigente de una envergadura social, apartándose de las texturas exclusivamente individuales, nos quedaríamos en un terreno que incluso desde una óptica meramente teórica sería inocuo argumentalmente. Ya que la vida del hombre no es posible sin alguna conexión con la sociedad. Ni siquiera la del solitario más radical. Habiendo por cierto entre los de tal especie ejemplares de muy fecundas vidas de relación. Y estamos pensando en la correspondencia copiosa y hasta la influencia social de ciertos ermitaños.

Dejando estas consideraciones, para situarnos en la España de la postguerra², se ha señalado el auge en ella del género biográfico. Una realidad innegable. Aunque quizás fuera más consecuencia de un contexto negativo que del inverso. Queremos decir que las secuelas de la guerra, entre otras el exilio de muchos escritores, y la reducción de otros al silencio por motivos personales, además de la censura objetiva, habían hecho mucho más escaso el cultivo de otros géneros. Pensemos en el veto a la novela erótica y en la polarización de la literatura política y religiosa. Por otra parte, la biografía venía siendo un género muy en boga internacionalmente desde los primeros años del siglo. Baste citar los nombres de André Maurois y Stefan Zweig.

El año 1952, la Editorial Castilla³ publicó un volumen biográfico misceláneo, con el título de *Ocho vidas de conquista*⁴. El estudio preliminar- del conjunto y de cada parte- estaba a cargo de Luis Alonso Luengo. Éste, nacido en los primeros años del siglo, ejercía entonces la magistratura en Madrid, colaboraba activamente en la radio⁵, estaba entusiasmado de su título de cronista de su Astorga natal, y se manifestaba generosamente como polígrafo. Su obra se ha movido siempre entre la investigación y la imaginación. A propósito de lo cual hemos de recordar la admonición de don Miguel de Unamuno a los eruditos españoles carentes de toda fantasía, en cuanto paradójicamente ello podía ser un menoscabo a las consecuciones de sus tentativas de evocar meramente la realidad.

En su introducción, Alonso Luengo hace suya la opinión de Carlyle, de ser la biografía precisamente la única historia auténtica, una opinión a la que hay que dar algún valor, puesto que su mantenedor británico la consigna luego de haber abordado el problema del mito del héroe. También se ocupa Alonso, en necesidad complementaria, de la novela y de la epopeya. Y a la biografía- de la que hacen parte las memorias, los diarios y la autobiografía, con peculiaridades por él también abordadas- la exige

¹ Cfr., DANIEL J.O'CONNOR, *Biography as History und abbot Salvado of New Norcia*, en "New Norcia [Australia] Studies" 8 (2000) 51-66.

² Renunciamos a precisar los amplios límites cronológicos de ésta.

³ Alcalá 126, Madrid.

⁴ Vocablo que no se entendía literalmente, puesto que sólo algunos de los biografiados eran conquistadores en el tal sentido, habiendo algunos que lo fueron a lo divino y otros más alejados aún de la acepción. Se trataba de Jesús, Roger de Flor, Hernán Cortés, Francisco Javier, Francisco de Borja, Enrique VIII, Talle-yrand y Bernardotte. Los autores por este orden eran François Mauriac, Carlos Caba, Salvador de Madariaga (siendo la autorización otorgada al mismo por la censura un indicio liberalizador), Margaret Yeo (de los dos Franciscos), Francis Hackett, Duff Cooper y Dunbar Plunket Barton.

⁵ Un botón de muestra de sus amistades es el agradecimiento que al fin del libro de que nos vamos a ocupar hace, por la ayuda que para él le prestaron, al poeta Luis Rosales y al escritor Carlos Delgado Olivares.

las tres condiciones de verdad, complejidad y unidad, y expresión artística⁶. De esta última no debemos escandalizarnos. Reordemos que teorizantes de la historiografía tan rigurosos como Henri Marrou, la han exaltado, reconociéndola no sólo valores de forma sino también de fondo. Pero es esa pareja, indisoluble pese a las apariencias, de lo complejo y lo uno, la nota que nos revela en nuestro cronista una comprensión más atinada de las posibilidades historiográficas del género biográfico, su adscripción al historiográfico sin más. “Una actitud de análisis más que de síntesis- escribe Alonso Luengo-, un minucioso y detenido estudio de los hechos en su concreta individualidad para, desde ellos, ascender a las causas, que quedan siempre imprecisas, borrosas”. Añadiendo, después de una cita de Maurois⁷: “Hacer una biografía no puede ser otra cosa que describir una vida en su complejo movimiento vital: reflejar la verdad de la evolución de un alma”. Más discutible resulta su cotejo con la literatura en la materia inmediatamente anterior, a saber que “en el pasado siglo, escribir una biografía, era esculpir una estatua sorprendiendo la actitud definidora de un hombre para inmovilizarla en el molde de una idea preconcebida; pero hoy es hacer desfilar ante nuestros ojos una oscilante cinta cinematográfica”. En todo caso, las biografías escritas durante el primer franquismo⁸ venían un tanto lastradas para la consecución de tal meta por la imperante situación censora, aparte la cuestión de la selección de los biografiados. Pero de ese panorama no vamos a ocuparnos.

Mas añadamos una última observación previa, antes de entrar en el breve comentario al libro que nos va a ocupar. Ya dijimos de las relaciones entre la novela y la historia. Las cuales es evidente que se hacen a la vez más estrechas y más palpables cuando de la historia biográfica se trata. En cuanto la insondabilidad está más patente en la urdimbre de vivencias, interiores y externas, del individuo, que en los movimientos sociales. Por eso el novelista puede llegar adonde al historiador no le es permitido. Mas a costa de salirse de la realidad que ha sido. Sin embargo, el biógrafo, y ahí radica si no su situación extramuros de ella sí la limitación y a la vez el ensanchamiento determinados por la peculiaridad del género, en algunas elaboraciones ha de reivindicar algún parecido más liberal con el autor de obras de imaginación.

Diez años antes de la confección de aquel volumen misceláneo, Luis Alonso Luengo había publicado su biografía de *El Gran Capitán*⁹, cuando ya había dado a luz otra titulada *Santo Toribio, obispo de Astorga, o un momento en la formación de España*. Haciendo parte aquélla de una colección titulada “La España imperial”. El autor estaba iniciando una carrera literaria que como decíamos ha venido manteniendo toda la vida. La guerra civil le había sorprendido en Benavente, esa cabeza de una vicaría de la diócesis de Oviedo enclavada en la provincia de Zamora.

⁶ Escribe: “Es la diferencia entre el historiador artista y el biógrafo poeta: que sólo los poetas, como Shakespeare, Dante o Dostoievski, tomando para sus creaciones el nervio de los hombres y de su época, supieron adivinar hasta las más lejanas derivaciones del futuro de sus seres”. Recordemos aquella advertencia unamuniana.

⁷ “Parece como si los escritores de hoy tuvieran, más que los que les han precedido, el sentido de la complejidad y movilidad de los seres humanos, y menos que ellos el sentido de la unidad”.

⁸ Son también reveladores estos párrafos: “Esta línea evolutiva del espíritu, que al filo de la evolución biológica del hombre, se enriquece o se empobrece, avanza o retrocede, esa sucesión del tiempo, como sucesión y, al propio tiempo como permanencia, reflejada en una vida humana, es lo que primero ha de captar, en toda su justeza, el biógrafo actual. Pero he aquí que todo ese ritmo movable, esa energía espiritual, disparada desde el pretérito al futuro, tiene un cauce normal por donde discurrir, o mejor dicho, varios cauces procedentes del mismo antes aludido hontanar: *la vocación*. Y un signo externo para su descubrimiento: *la atención*”.

⁹ (Biblioteca Nueva, 1942).

Al anunciarse, al final de cada uno de sus volúmenes, la serie de que decimos, se añadía ser una “magnífica colección de biografías de las principales figuras del Imperio”. Los biografiados eran naturalmente monarcas y hombres de armas o de iglesia y descubridores, además de algunos literatos del siglo de oro. En cuanto a los autores, la mayoría ya contaban con un haber biográfico de cierta cuantía en su haber, por ejemplo Francisco de Cossío, que se ocupó de Carlos V, Mariano Tomás de Felipe II, Cristóbal de Castro de Felipe III, Narciso Alonso Cortés de Calderón de la Barca, y García Mercadal de Cisneros y Juan de la Encina. Muy jóvenes profesores eran en cambio Manuel Ballesteros Gaibrois, que tomó a su cargo a Pizarro, Joaquín de Entrambasaguas que lo hizo con Lope de Vega, y el geógrafo Amando Melón y Ruiz de Gorbejuela, con Magallanes y Elcano en un volumen. El barón de Nervo y el marqués de la Cadena trataron de Isabel la Católica y del Gran Cardenal de España o sea Pedro González de Mendoza. Otros autores eran José Llampayas, Manuel Ferrándis, José-María Rubio y Luis Torres. El biógrafo de *Doña Juana de Castilla o la reina que enloqueció de amor* era un amigo vallisoletano de Alonso Luengo, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, uno de los hombres que más sonetos ha escrito, hasta el fin de su larga vida al frente de la Casa de Cervantes en Valladolid.

De la índole pintiparada de la figura del Gran Capitán como sujeto biográfico¹⁰ en aquellos días, y que por otra parte ya mucho antes había elegido Quintana en sus *Vidas de españoles célebres*¹¹ es la mejor prueba que el mismo año de 1942 salió otra vida del mismo, la titulada sencillamente *Gonzalo de Córdoba*, escrita por el diplomático e historiador castrense de la guerra civil reciente, luego segundo abad benedictino del Valle de los Caídos, Luis-María de Lojendio. La obra resulta bastante completa, mientras que dos años después no aspiró sino a ser un resumen panorámico la del general académico e historiador de la artillería española Jorge Vigón¹². Sin embargo, del Gran Capitán se continúa echando de menos una biografía integral y acometida con rigor historiográfico¹³. Una carencia debida desde luego a la dificultad de la empresa. Pues hay que tener en cuenta que requiere el abordaje conjunto del aspecto estrictamente militar, el diplomático y político, y el nobiliario, éste vivido en una coyuntura que no podía ser más conflictiva, en sí y más particularmente para él teniendo en cuenta la dimensión de esos sus otros compromisos en las potestades de la época. Por otra parte, en cuanto al castrense, aunque nos limitemos a pensar en la aportación del personaje a la táctica y la estrategia, el arte de la guerra como tal, no podemos olvidarnos de que si la guerra es un conflicto de civilizaciones, esta esencia tiene que traducirse también en la manera de hacerla, y no sólo en las causas de su estallido o las consecuencias de su resultado.

La biografía de Alonso Luengo se divide en cuatro libros, que llevan respectivamente los títulos de *Viento en Castilla*, *Lumbre en Italia*, *Cumbre bélica* y *Soplo infausto de la*

¹⁰ El libro de Alonso Luengo fue traducido al italiano.

¹¹ (París, 1827). Siete años más tarde el atrabiliario y raro Mor de Fuentes dio a luz un *Cotejo del Gran Capitán con Bonaparte*.

¹² Por la vía más investigadora resultó un progreso la de G. de Gaury, *The Grand Captain* (Londres, 1955).

¹³ Alonso Luengo en su bibliografía no cita la antigua de Paulo Jovio, *La vita di Gonsalvo Fernando di Cordoba, il Gran Capitano* (Florencia, 1551), pero se trata de una omisión mecánica, pues al final del capítulo primero, dice en nota: “Si no se hace constar expresamente su procedencia, ha de entenderse que las frases entrecomilladas en este capítulo y los sucesivos están tomadas textualmente, bien de la *Crónica general del Gran Capitán*, bien de la *Manuscrita*, bien de las de Jovio y Hernando del Pulgar, o bien de la correspondencia de la época”. No consultó la obra, publicada en 1921 en Bari, por Benedetto Croce, *La Spagna nella vita italiana*.

vida. En un relato continuado sin apenas notas. Hay que notar lo atractivo de los títulos de sus veintisiete capítulos, además de enfoque muy vario la elección de sus motivos, pero sin perder nunca la constante del soplo poético. Por ejemplo: *Natural imperio, Interior con paisaje de fondo, Romance fronterizo, Infantería española: Mercenarios traducidos a caballeros, Relámpago místico y luces de estrategia, Libros de caballería, Ceriñola o la invención del cerro, Garellano o la invención del río, El tránsito*.

Así comienza el primero, *Un doncel llega a la corte de una princesa*: “Galopa jadeante el corcel por la vereda arriba. De pronto para su ímpetu: clava en tierra, con golpe seco, sus cuatro cascos; espumea la boca al freno que le impone el tirón de la brida: detiene la estela de polvo que se arremolina emborronándolo. Ha cubierto la cumbre de un ancho montículo. Y ha surgido, súbitamente, allá abajo, como un trallazo a la vista, el llano, verde y ocre, de Segovia”. A continuación, al referirse al Alcázar, se desborda un tanto, y lo transcribimos también en cuanto igualmente representativo de todo el resto: “Y al fondo, posado en la peña, el Alcázar, desdoblándose, todo reflejos, en el río; estirando hacia lo alto, como una hoguera en el crepúsculo, cien lenguas de fuego: conos agudos de torres y cúpulas que se inmovilizan aprisionados de cielo. [...] Caracolean juntos, con largo relincho, los caballos. El preceptor don Diego dirige en silencio a Gonzalo una mirada entre reprensiva y paternal. El mozo sonríe y baja la vista. Y es ya el desplomarse, a galope de un torbellino de polvo, de guijarros que saltan, por la vertiente abajo, hacia el Alcázar”.

Esta complacencia descriptiva es constante en el libro. Y materialmente, diríamos que hay también una insistencia en policromar lo descrito aunque no aparezcan mencionados los colores. Por ejemplo, cuando aparece la ciudad de Roma¹⁴: “Desde el amanecer es un grito de muchedumbres que se arracima por las fachadas, que deambula por las calles, que aplasta los jardines. Se alisa el cielo en suavidad de seda para el mejor resbalar del sol. Cientos de naves, cargadas de toda suerte de viandas, se vuelcan en los muelles del Tíber entre algarabía de vendedores. Limpio como nunca, tiene el aire sus más claras resonancias. Y sobre las torres, los frisos, las fuentes, las ruinas y las callejas, otra vez el signo opulento del momento abarroncándolo todo, hoy como nunca, al través de este inmenso populacho que se cuelga por todas partes como giralda sobre teballo”. Podemos pues hablar también si se nos permite de una policromía de colores.

Lo transcrito también nos ha puesto inequívocamente de relieve la imaginación del autor, unas alas que no pudieron nunca sujetarse a las mallas estrictas de la investigación de los datos, y la corrección, elegancia y esmero de su prosa castellana. La cuestión que ineludiblemente requiere una respuesta es la de si su deleite en el marco es en detrimento de la interioridad de los personajes. Sin que se pueda responder categóricamente. Pues nos lleva a otro problema. Y es el de tratarse de una biografía casi diríamos que tipificada por estar de lleno en el género un tanto épico, la del “héroe” como tal. Lo cual no llega en nuestro caso a una limitación, pues ésta está en la misma concepción de la empresa biográfica que este biógrafo tiene, sencillamente la elaboración de la materia conocida en una urdimbre de personajes y situaciones que convergen hacia el protagonista en cuanto éste encarna el lado más amable de la condición humana.

Así las cosas, no nos extraña que Alonso Luengo salga airoso de sus capítulos de estricta historia militar. De esta manera reconstruye el proceso mental del Gran Capitán al cavilar las innovaciones que le han hecho pasar a la historia del arte de la guerra¹⁵:

¹⁴ II, 4, “Pulso de Roma”.

¹⁵ II, 5; “Relámpago místico y luces de estrategia”.

“Pues, ¿qué sucedería si, frente a la táctica aquella, se situara otra táctica distinta (siempre la misma idea de superar un punto de vista, no con los propios elementos del mismo, sino con otro punto de vista dispar); qué sucedería si contra el poder de los caballeros se alzara la pericia de los infantes, contra el ímpetu del combate escalonado, el esfuerzo de uno conjunto, la coordinada armonía de todos los elementos en la que el vuelo auxiliar- nada más que auxiliar- de la caballería, sincronizase con el también auxiliar estampido del cañón para apoyar, así, el mejor esfuerzo- el fundametal-, el de los arcabuceros, el de los piqueros, en una palabra, el de los infantes? ¿Qué sucedería si Gonzalo, llevando, trasteando al enemigo, conduciéndole en vaivenes certeros, le diera, no una batalla, sino, tomando posiciones en amplios contornos, una serie sucesiva de ligadas batallas, cada una de distintas características y en distintas- siempre favorables- condiciones de terreno, y en cada una para atacar un punto distinto del adversario y en todas con el único objetivo de aniquilarle? ¿Qué sucedería si frente a la táctica opusiera una cosa nueva, la estrategia?”. Dejemos de lado la hipérbole evidente en este calificativo a la estrategia sin más. Pero al autor le viene pintiparado el explayarse a continuación en las dos batallas sucesivas de Ceriñola y Garellano, viendo en la primera la invención del cerro y en la segunda la invención del río. O sea hermanadas en el mismo protagonismo del terreno, a saber: “Chispazo de luz en la historia militar. Una nueva era, porque un nuevo elemento ha entrado en juego en el arte bélico: la posición, el terreno. Eso que hasta ahora era nada más que un simple soporte, circunstancial, de la acometida, y que desde hoy ha de ser -ligado al poder de los hombres y las armas, en conjunción con ellos- elemento actor cuya importancia no es aún posible valorar -eslabón de la estrategia-, la posición; de ese ligado escalonar de operaciones con que Gonzalo ha soñado en Barleta y cuya finalidad no es la conquista de una ciudad o de un terreno, sino el paulatino quebrantamiento del enemigo para asestarle, en un momento oportuno, el golpe final preciso”.

La glosa de todo el libro resultaría tan fácil como carente de sentido. Dada ya idea de su contenido, tono y punto de vista, el lector interesado en su conocimiento tiene abierto el camino de la propia lectura, que desde luego yo no estimo inútil ni superada, por más que no se trata de una obra de rigurosa erudición y se echen de ver ciertas inclinaciones, detenernos en las cuales tampoco viene al caso. Pero también cuenta la literatura en la evocación del pasado que fue. Y una visión un tanto imaginativa de lo que no fue así nos ayuda incluso a comprender lo que pasó de veras. En todo caso, la decadencia sobrevenida del idioma, hace libros como éste estimables a guisa de ejemplos a imitar en la vía de un buen y necesario propósito de enmienda.

“Frente a frente, sobre alto capitel, como dos cirios, uno a cada lado del ancho retablo, las estatuas orantes de Gonzalo y de su esposa doña María de Manrique: las manos juntas y, en el rostro, una apacible quietud”. Así termina Luis Alonso Luengo. A nosotros se nos ocurre si, tras esa quietud, no late también el libro de éste, queremos decir lo que fue y lo que pudo ser, pero de alguna manera estuvo también presente como tal alternativa en los hondones íntimos de los personajes.

Y *habent sua fata libelli*, ahora queremos decir cada ejemplar, pese a su multiplicación impresora. En “León, inmerso en el románico”, me dedicó el autor el que yo me había procurado, muchos años después de agotada la edición, el 7 de julio de 1989. Poco después encontré otro, formidablemente encuadernado en cuero repujado por Velarde¹⁶, y caí en la tentación de volverlo a adquirir pese a lo exorbitante del precio. Además de

¹⁶ Aunque bárbaramente arrancadas la portada y la contraportada.

la efigie del biografiado, la portada tenía en buen relieve el título y el nombre del autor y las iniciales del poseedor, cuyo exlibris entre cívico y religioso se había adherido a la guarda. Se trataba de Valentín Ruiz Senén. A éste estaba brevemente dedicado por Luis Alonso Luengo en abril de 1945. Al pie de esa dedicatoria, en enero de 1991 y en Madrid, el autor volvió a poner otra para mí. “De don Valentín, saltando decenios, con sus osos de Barral [...]”. Transcribir los elogios que me hizo no procede, con una excepción que me conmueve, la de “amigo del alma”. Aludía a los osos esculpidos por mi ilustre paisano, a quien tuve el honor de conmemorar un día en la Real Academia de Córdoba. Y no voy a volver sobre la materia de esta obra biográfica. Aunque me permito apostillar que no creo mal empleado el soberbio trabajo de su encuadernador.